

# LOS CUENTOS DEL L REPERTORIO

## Los colibríes de Fray Serafín

POR ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA

**B**UEN hijo de San Francisco, Fray Serafín amaba los animales. Pero no los amaba líricamente, a la manera del poeta de Asís, en el hueco de cuyas manos, blancas y puras cual hostias, como en el hueco de una joya celeste, bajaban a beber claras gotas de rocío las golondrinas del cuento.

Parece que a la muerte del Santo, que en memorable ocasión, predicándole en latín, pudo convertir al cristianismo no sé qué lobo feroz, célebre por sus fechorías, y que en Abril, en las tibias noches claras, al fuego de las estrellas, entablaba sutiles disertaciones teológicas con algún viejo rui-señor de la Umbría, sabio en música y en amor, las bestezuelas que tanto amara se hubieran tornado más que nunca melindrosas y esquivas.

Ya no bajaban como antaño a las manos seráficas lasavecillas del cielo! Ya no se repetían las escenas, como cuentan amables crónicas místicas, de los leones del desierto que ayudaban a los solitarios de la Tebaida, labrando con el marfil de sus uñas las sepulturas de los hombres. ¿Acaso la inocencia, por clara y humilde, había huido del mundo?

Fray Serafín no se hacía tales preguntas. El amaba los animales, pero de manera bien distinta a la del poeta seráfico. El los amaba, pero con esa pasión enfermiza que anima a los coleccionistas, ya sean ellos numismáticos, entomólogos o filatelistas, con esa misma pasión, ardorosa y febril, que en muchos degenera en verdadera manía y que arrastra a algunos hombres al través de todos los obstáculos, en pos de una antigua moneda, de un insecto raro, o de una vieja estampilla.

Recién llegado de España, y de la cálida tierra andaluza, Fray Serafín había encontrado en Caracas el mismo cielo y el mismo sol de su patria. El cielo, milagroso tapiz crepuscular bordado con los mismos estambres de oro y púrpura. El Sol, con el mismo fuego voraz que labra las naranjas como joyas. Y para su ardorosa pasión de zoólogo, nuestra fauna tropical de que es tan rica la montaña del Avila.

Hábil cazador, de las montañas del

Avila trajo, para su museo particular establecido en el convento, los más raros y bellos ejemplares. Cazó jaguares de piel manchada y pupilas de oro: cazó venados de ojos femeninos y pezuñas de carbón: zorras cuyas colas son palmas de fuego: perezas melindrosas y plañideras, y puso trampas y armadijos, entre las rocas, sobre los claros pozos profundos, para atajar los perros de agua, que ladraban de noche y fantásticamente como en cuentos de ensalmos y brujerías.

En serpientes no fué menos rico su museo. Las cascabeles de anillos resonantes. Las corales finas y sutiles. Las tigras ligeras y como tiznadas de hollín. Las macaguas majestuosas adornadas con escamas de brillo especular. Las zapas asquerosas y lánguidas. Y por último, las venenosas viejitas del opaco matiz de una hoja muerta.

Y si en cuadrúpedos y reptiles fué pródigo el Avila, no lo fué menos en aves. Los bucares del Avila le dieron

todos sus gonzalitos, y las lagunas del Tuy todas sus garzas. Garzas blancas, garzas rojas, elegantes y finas, de largas patas melífluas, como dos raros y tristes pareados alejandrinos.

Y bajo sus hábiles manos de embalsamador y artista, los animales tomaron las más diversas actitudes. Y los había en posturas académicas y arcaicas.

Pero de todos los animales que cayeron bajo el plomo certero de su escopeta los que con más pasión artística colocó en su museo, fueron los que cazó en el propio jardín del convento. Estos fueron los colibríes. Los colibríes a quien la musa de Hugo, enorme y delicada, en bella frase decadente, milagrosa como un sortilegio, apellidara «el estornudo del Sol», que de la verde sierra del Avila bajan a los jardines de las casas caraqueñas a libar en el hueco de las rosas, con sus finos picos sitibundos, inverosímiles y largos como hebras, la dulcedumbre de la miel. Y por sobre todo, Fray Serafín amó los colibríes, los colibríes tremulantes y tornadizos, finos y zahareños como rimas, mezcla ambigua de flores y gemas, sortijas con alas, arrancadas de alguna Musa del trópico oculta en el cauce de las quebradas.

Cada día un nuevo ejemplar raro caía bajo las flores del jardín. Los había verdes con toda la inmensa escala del verde. Desde la esmeralda más oscura y densa hasta la alga más desvaída y pálida. Los había rojos, desde el rojo vivísimo de la gota de sangre hasta el rojo opaco de los cobres pu-

PASE USTED POR EL

## TALLER DE EBANISTERIA DE ENRIQUE GOMEZ C.

Situado 50 varas al Este de las oficinas de Mr. Lindo

Usted será atendido personalmente por su propietario

NO OLVIDE QUE DESEO DEJARLO SATISFECHO



FABRICANTES - IMPORTADORES

COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.